

Relato Ganador

II Certamen “Letras de Parnaso”

Autor: Juan José Escribano Santiago

Título: “El viejo”



“¿Qué hace ese viejo ahí sentado?”, pensaba el deportista mientras corría los ocho kilómetros de cada día. A esas horas de la mañana no

solía encontrar mucha gente por la carretera de la costa, si acaso más corredores o algún ciclista, pero nunca ancianos, y desde luego nunca sentados en uno de los bancos de piedra junto al acantilado. Le extrañó sobre todo por lo temprano de la hora, pero no tanto como para detener su ejercicio diario y preguntar al viejo: si aquel hombre quería estar allí sentado, mirando al mar, a las siete y media de la mañana, era su problema, igual que el de el corredor era acabar su carrera, ducharse y salir volando hacia la oficina, donde seguramente su jefe ya le estaría esperando con alguna desagradable sorpresa que le haría trabajar más horas aquel día... Estaba seguro de que sería eso lo que pasaría, como cada día desde que entró a trabajar en aquella maldita empresa... Seguro que...

Si el anciano hubiera podido escuchar los pensamientos de aquel joven, porque treinta años no son nada, seguramente hubiera soltado una carcajada, o al menos se hubiera dibujado una sonrisa en su ajado rostro repleto de arrugas, manchas en la piel, y alguna que otra acumulación de grasa, con forma de grano, que nunca había estado allí, pero que había decidido instalarse cuando cumplió los noventa y nueve años la primavera pasada. Cuando el viejo, hacía ya casi un año, vio que le salía el bulto sobre en la frente, justo sobre la ceja derecha, pensó que aquella era, sin duda, la primera marca de vejez en su cuerpo, como si el resto de pliegues de la piel y pigmentaciones extrañas no estuvieran allí: habían ido creciendo tan gradualmente que no se había fijado en ellos nunca. Fue precisamente ese grano repleto de grasa el que le avisó de que se estaba haciendo viejo. No se asustó, ni se entristeció al verlo, sencillamente se sintió informado, asimiló que ya no era un jovencito, y supo que el final, ahora sí, estaba más cerca

que el principio.

La llegada de aquel bultito fue sólo el comienzo. Durante el último año había sentido los achaques

propios de la edad: le dolían los huesos, le costaba caminar, olvidaba algunas cosas... Y luego estaba lo de la comida. Desde que se vio el bulto, la comida ya no le sabía igual, como si sus papilas gustativas hubieran variado, como si en uno de sus olvidos, cada vez más frecuentes, hubiera perdido el sabor de las cosas ricas. Ahora todo le sabía a cartón. A cartón y a ceniza. Y ese sabor él lo conocía muy bien. A lo largo de su vida había masticado cartón y ceniza, y eso jamás lo olvidaría.

Aquella mañana, el viejo había salido pronto a la calle. En la residencia se extrañaron por la hora, pero no por que saliera a pasear. Era su costumbre, como la del deportista que corría ocho kilómetros cada día, o la del ciclista que desentumecía los músculos antes de ir al trabajo. Había caminado lento, con el ritmo pausado que los gastados huesos le permitían, con pasitos cortos, cansinos, ayudados por las dos muletas de aluminio ligero, calidad extra, con protectores acolchados en los asideros, y de aspecto envidiable: muletas nuevas para hombres viejos. Tardó más o menos media hora en llegar hasta el banco de piedra, frente al mar, junto al acantilado de más de veinte metros de altura: un corte natural que parecía hecho con un cuchillo, uno enorme y bien afilado, manejado por la experta mano del cocinero que fabricó todo esto. Al viejo le gustaba imaginar así a Dios, jugando en su cocina, fabricando mundos, moviendo las fichas de un lado a otro, cocinando para sus invitados con cierta indiferencia, con el descuido del que lleva una eternidad, o varias, haciendo lo mismo. Así había cortado aquel acantilado, y así había colocado las rocas duras y cortantes sobre las que se estrellaba el mar picado ahí abajo.

Una valla de madera, a medio metro del precipi-

cio, protegía de la muerte a los imprudentes o despistados que se atrevían a jugarse la vida caminando junto al borde. Era una elegante valla de color blanco, de poco más de un metro de altura, bien clavada en el suelo para evitar que el viento, que en aquella zona soplaba con fuerza, zarandease el genial invento humano. A un lado, la vida; al otro, la muerte. Los bancos de piedra estaban un par de metros detrás de la valla, dispuestos de forma que el cansado caminante pudiera observar el mar, como invitando a ahogar en las revueltas aguas los pensamientos que martilleaban, hasta el dolor, sus cabezas.

El viejo se subió el cuello de la chaqueta casi instintivamente para protegerse del viento. Sus pensamientos volaban sobre las olas, empapándose con la salada espuma blanquecina del mar. Voló tan lejos como pudo, y en su cabeza se dibujó una vieja casa, oscura y fría. El lar encendido iluminaba la estancia y trataba de caldear el gélido ambiente. Junto a las paredes, tres jergones se esparcían por el suelo. Sobre uno de ellos, una mujer sudorosa, jadeante, miraba con ojos perdidos hacia el techo, como buscando salir de aquella estancia. Un llanto rompía el silencio. Junto a la mujer tendida había otra arrodillada, una chica joven, de apenas doce años, que le limpiaba el sudor con un paño viejo, que en algún momento había sido blanco. Un líquido oscuro empapaba la improvisada cama de paja y manchaba las piernas de la mujer sudorosa. Recordaba también un hombre, su padre, mirando la escena estupefacto. Sujetaba un bebé en sus brazos, mientras sus ojos saltaban de una parte a otra de la estancia. El viejo, un niño de apenas ocho años entonces, cruzó su mirada con la del hombre. Recordaba perfectamente aquel mirar desesperado, buscando respuestas en los ojos de un crío que no entendía lo que estaba pasando. Una expresión desquiciada, rota, agónica, que en aquel momento pensaba que jamás volvería a ver. Ojalá hubiera sido así.

Una ráfaga de viento arrancó al viejo de aquella fría y oscura casa de muerte. El sol se dibujaba un poco más alto en el cielo, y su calor comenzaba a sentirse agradable sobre la piel. Detrás, el hombre notó que el ajeteo diario empezaba a inundar las calles de la ciudad.

“¿Qué hace ese viejo ahí sentado?”, pensó el hombre mientras conducía su furgoneta por la carretera junto al acantilado. Iba rápido, demasiado para las estrechas calzadas de aquella vieja población, pero llegaba tarde al reparto. No pasaba nada por retrasarse unos minutos, al fin y al cabo llevaba años haciendo la misma ruta y nunca había tenido ningún incidente. Pero aquella mañana le había costado más de lo normal despertarse. Había pasado una mala noche, las horas pasaron lentas mientras trataba de dormirse dando vueltas en la cama. Seguramente, pensaba, había sido la cena. Había cenado demasiado y claro, esa era la causa... Ojalá pudiera pasar de todo, como el viejo ese, y sentarse a ver el mar. Pero no, tenía que llevar esa maldita furgoneta de un lado a otro por cuatro duros. Pero algún día todo eso cambiaría, algún día montaría su propio negocio y...

El viejo volvió a hundirse en sus pensamientos. Trató de avanzar un paso en su propia historia, y en su

cabeza se dibujó la imagen de una plaza repleta de gente. Una orquesta tocaba pasodobles, mientras los jóvenes del pueblo sacaban a bailar a las muchachas. Se sentía agotado, había pasado todo el día en el campo segando y tenía los riñones doloridos de agacharse, pero era joven, y la juventud y dos vasos de vino dan toda la fuerza que se necesita para sacar a bailar a la chica más bonita de aquel lugar. Ya había hablado con ella otras veces, y en las fiestas de la Virgen, un mes antes, había bailado con ella un agarrado. Fue la envidia de todos los hombres. Hoy la sacaría de nuevo a bailar, y si había suerte...

Estaba preciosa. Su madre le había cosido un precioso vestido verde algo ceñido, que hacía juego con sus ojos. El pelo negro le caía sobre el cuello elegante. Al verla notó que su deseo crecía en su interior. Estaba tan hermosa que hubiera hecho cualquier cosa por ella. No hizo falta. Ella también estaba enamorada de él. Lo había estado desde el principio, desde el primer día que le vio, con un saco de ropa colgado del hombro y unos viejos zapatos del otro. Llegó buscando trabajo, el que fuera, y lo encontró en el campo. De eso había pasado ya algo más de un año.

Bailaron juntos toda la noche, clavándose los ojos uno en el otro, devorándose con la mirada. Se susurraron al oído, discretos, lascivos, sin importarles las miradas de los demás, ni lo que pudieran decir. Cuando acabó el baile se marcharon juntos, a hurtadillas, enamorados. El cielo estaba despejado aquella noche de agosto. Se amaron bajo un manto de estrellas tan hermoso que jamás lo olvidarían. Se desearon toda la noche, sin pensar en nada ni en nadie más que en ellos mismos. Cuando se separaron ya estaba amaneciendo, pero claro, ellos ni siquiera se dieron cuenta de eso. Aquella muchacha era tan hermosa... ¿Cómo se llamaba?

“¿Qué hace ese viejo ahí sentado?”, murmuró la muchacha a su novio. Paseaban juntos, cogidos de la mano, en dirección contraria a la del instituto, donde, a esas horas, deberían estar. Creo que lleva ahí toda la mañana, respondió el joven, convencido de que había perdido la cabeza. El chico la agarró, la atrajo contra sí y la besó en la boca con descaro y pasión, atrevimiento de juventud. Habían preferido disfrutar de aquella mañana primaveral antes que estar en clase. Además, sus padres se habrían ido a trabajar y tendrían la casa para ellos solos. Lo tenían todo, y aún podían conseguir más. ¿Por qué no? Además, pensaban, cualquier cosa era mejor que aguantar las charlas de los profesores. Ese viejo sí que sabía vivir, ahí sentado, pasando de todo. Si ellos pudieran...

La memoria del viejo había saltado varios años, y en su cabeza ahora se formaban escenas terribles, de dolor y sufrimiento. La guerra empezó cuando él tenía veintitrés años, y no había podido escaparse. Lo reclutaron en octubre, hizo unas semanas de instrucción y lo mandaron al frente en febrero. Allí vivió los peores momentos de su vida. Recordaba las noches gélidas, rodeado de barro en la trinchera, tratando de desentumecer las manos junto a una hoguera que apenas desprendía calor. Todo estaba empapado allí, y hacía días que no sentía los pies embarrados. La ropa nunca terminaba de secarse, y los sabañones esta-

ban a la orden del día. De vez en cuando, desde las trincheras contrarias, disparaban, y ellos devolvían los disparos al tuntún, apenas sin apuntar, con desidia y desgana. Tenía la sensación de que aquella guerra la entendían sólo unos pocos, pero interesaba a muchos.

Un mes después, a finales de marzo, les ordenaron avanzar contra la posición enemiga. Aquel ataque frontal no tenía ningún sentido, pero ya nada les extrañaba. Las órdenes eran caóticas, y el enemigo había conseguido artillería que les estaba machacando cada día. Había que atacar o huir. Los oficiales decidieron atacar mientras se escondían. Así funcionaba la guerra.

Recordaba el ruido de los disparos, los gritos desgarradores, sangre... Y esos ojos aterrados, angustiados, como los que había visto en su oscura casa congelada cuando era pequeño. Malditos ojos...

A su mente vino el dolor punzante que sintió cuando le hirieron, acompañado por el estrépito de la granada y el alarido aterrador de su compañero: un alarido corto, rápido, cruel, que se apagó tan rápido como empezó. Y luego sintió el peso de aquel cuerpo inerte sobre el suyo, y el calor de la sangre que se juntaba con la suya, y los ojos inexpresivos, abiertos como dos enormes ventanales a través de los que él no podía dejar de mirar... Esos malditos ojos...

“¿Qué hace ese viejo ahí sentado?”, pensó el policía mientras patrullaba sobre su motocicleta. Pero era casi la hora de comer, y le apetecía parar a descansar un rato. Tenía el cuerpo cansado de estar varias horas conduciendo entre las calles, observando y vigilando. De todos modos, aquel hombre parecía estar perfectamente. Era mayor, sí, pero no por eso no iba a poder sentarse a disfrutar de las vistas en aquella hermosa mañana de primavera. El policía aceleró pensando ya en el menú que estaba a punto de degustar. Después tendría que hacer algo de papeleo en la comisaría y más tarde tendría que recoger a su hijo. Después tendría que comprar algo que...

El viento había cesado, y el sol se encontraba alto en el cielo. La temperatura era agradable, y el viejo, que se había bajado el cuello de la chaqueta, pensó en quitársela, pero prefirió mantener la prudencia. Desde que tenía ese bultito se encontraba mayor, y no quería arriesgar un catarro.

Su mente avanzó más años en la historia y se vio a sí mismo vestido con un mono azul, en el taller mecánico, rodeado de coches estropeados, algunos destartados. Estaba sumergido en el motor de un viejo Seat cuando una vocecilla infantil le arrancó de su estado de concentración. Un jovencito de unos diez años le decía que fuera le estaba esperando mamá, y que si iba a tardar mucho en ir a comer. Se incorporó y miró hacia la calle, donde estaba su mujer. Sujetaba con sus manos las bolsas de la compra y, a pesar del evidente cansancio, lo miraba con una sonrisa tierna en la boca. Junto a la mujer, todavía atractiva, una niña de unos cinco años lo miraba todo con la boca abierta, como asombrada por lo que veía en el interior de aquel pequeño negocio. Dile a tu madre que iré en diez minutos, le dijo al chaval, que corrió hacia la salida encantado de poder cumplir con la misión que le había correspondido. Él sonrió, miró a su mujer, y le guiñó un ojo cómplice. Ella

le sostuvo la mirada con sus ojos dulces, cariñosos, capaces de comprender y expresar. Esos maravillosos ojos... Aquellos fueron, sin duda, sus mejores años.

El viejo se tocó la frente con su mano arrugada y acarició el bulto que le había llevado hasta allí, el que le había hecho descubrir que ya era un viejo. Aunque el médico de la residencia le había dicho que no era un problema, él sentía que algo no iba bien con ese bultito. Pero claro, él no era doctor, ni sabía de esas cosas. Tendría que confiar en los expertos.

“¿Qué hace ese viejo ahí sentado?”, pensó la mujer de mediana edad, mientras caminaba deprisa de vuelta a su casa, después de una larga jornada de trabajo. Le dedicó poca atención, porque su mente estaba dando vueltas a varias tareas que había dejado a medio hacer en la oficina. Al día siguiente tendría que llamar a un proveedor a primera hora de la mañana, y después rellenar el informe correspondiente a la compra. Más tarde hablaría con contabilidad. Qué fácil lo tenía todo aquél viejo, que sólo tenía que sentarse allí y disfrutar del mar. Sin embargo ella tenía que llevar tantas cosas en la cabeza...

La mente del viejo avanzó muchos años más, y recordó el día que sus hijos le dejaron en la residencia. De esto no hacía demasiados años, y lo sentía como si hubiera sido ayer. Él era más que capaz de cuidarse solo, pero los hijos no estaban de acuerdo. Los tres trabajaban, porque tenía tres, y no podían hacerse cargo de él. En realidad tenía cuatro hijos, pero uno de ellos, la más pequeña, había muerto en un accidente de tráfico cuando tenía cuarenta años. Fue un golpe muy duro para toda la familia. Tanto que su mujer no había vuelto a ser la misma desde aquello. Recordaba sus ojos cuando les dieron la noticia, y de nuevo reconoció la angustia, la desesperación y el dolor extremo en la mirada de una persona. Otra vez los ojos... Aunque los médicos dijeron que el cáncer se la llevó varios años después, él sabía que fue aquella mañana de junio cuando murió, muchos años atrás. Uno muere cuando deja de vivir, y ella dejó de hacerlo con su hija, nuestra hija.

De cualquier modo, la residencia no era tan mala cosa después de todo. Al fin y al cabo, era sólo un lugar más por donde había que pasar, como lo habían sido todos los anteriores. Y aquella historia ya estaba acabando, así que tampoco merecía la pena ponerse a pensar en aquello demasiado tiempo. ¿Qué más daba dónde viviera? Su casa, una residencia, la calle... Lo importante era vivir, vivir, no pasar la vida.

“¿Qué hace usted ahí sentado?”, la voz del niño le arrancó de sus pensamientos. El jovencito se encontraba a su lado, mirándolo con curiosidad. El sol se estaba ocultando, y la temperatura estaba descendiendo deprisa. Se va a quedar usted frío, y no le conviene nada, le dijo el jovencito. No debía de tener más de diez años. Vivía cerca de allí y había observado al viejo durante todo el día: al ir al colegio, al volver, después de comer... Y había decidido que seguramente le pasara algo, así que se había escapado de casa y había corrido hasta allí para ayudarlo. El viejo lo miró desconcertado, agradecido. Levantó la vista al cielo y vio que el día se estaba agotando. Notó algo de frío en sus

manos arrugadas. El viejo se levantó del banco de piedra. Tenía los músculos entumecidos, y el dolor en sus huesos empezaba a molestar demasiado. El muchacho sujetó la vetusta mano con la suya, pequeña, joven. Le acompañó a su casa, le dijo. Dieron la espalda al mar y al acantilado,

y caminaron juntos, lentos, despacio, con el alma serena el viejo, ilusionada el niño, hacia el interior, lejos del vacío.

Juan José Escribano,
(Madrid)

Relato Finalista

II Certamen "Letras de Parnaso"

Autor: Antonio Almansa

Título: "Un retraso incómodo"



Nunca he viajado en barco, por eso hubiera preferido ir en transatlántico a Nueva York. Habría visto por primera vez los muelles del Hudson y al desembarcar quizá me hubiese cruzado con Tony Soprano; me imagino simulando no haberle admirado en la serie de la HBO, y a él sospechar por si yo había descubierto la verdadera mercancía que escondían los vientres de los centollos que le enviaban desde Galicia. Embarcar en Southampton, decía la propaganda de la agencia, y llegar a Manhattan en siete días; tiempo suficiente para acumular sensaciones, someterme a sorpresas. Pero no iré en barco. Me repitieron hasta el hartazgo el viaje se hará eterno, o bien pasados dos días te aburrirás, y otras advertencias por el estilo.

Sin embargo estuve varado, pero en el aeropuerto. Éramos cincuenta o sesenta personas recurriendo al lenguaje mímico de la queja: con los brazos en jarras o las manos en la cabeza, acompañábamos los gestos con largos suspiros, escenificando la contrariedad por el retraso anunciado en las pantallas y la megafonía. Nos vaticinamos tres horas desesperantes y aburridas. Algunos recogieron su equipaje de mano y se fueron a las cafeterías, las tiendas Duty Free o los lavabos. Otros nos acomodamos en la misma sala de espera, frente a la puerta de embarque 21, calculando la cantidad de páginas que nos quedaban por leer de la novela que llevábamos, abriendo un portátil para ver una película o mordiendo con desgana el resto de un sándwich.

El niño sentado a mi izquierda era argentino y se llamaba Osvaldo. Su madre, Emma, me dijo que acababa de cumplir los siete y que era un buen chico. No exageraba porque Osvaldo no corría ni gritaba por la sala de espera

como el resto de niños desafortunados; permanecía sentado, sin soltar la pequeña almohada que apretaba bajo el

brazo, recreándose en una calma remota e impropia de su edad. Con los párpados a medio cerrar, me miró como un cachorro extenuado tras el cristal de un escaparate de mascotas. Se me ocurrió ofrecerle una tableta de KitKat que llevaba en la mochila, pero Emma, con repentina brusquedad, sujetó mi brazo por la muñeca y me dijo que Osvaldo no debía comer nada. Nada de nada, prescribió el médico, hasta llegar a Nueva York, me previno con aspereza.

Me gustan las novelas que relatan historias divertidas o tenebrosas sobre barcos, de su tripulación o de los viajeros. Y, de no haber sufrido interrupciones, habría terminado en la sala de espera la leyenda del buque fantasma Caleuche, un barco que navega de noche por el sur de Chile y al que solo es posible vislumbrar en algunos días neblinosos. Si una persona se acerca a él, el Caleuche puede convertirse en un simple madero flotante, sumergirse como un submarino o transformarse temporalmente en roca. Ante el peligro, sus tripulantes se esconden bajo la apariencia de un delfín o de un ave acuática y, mientras dura la artimaña, dejan de tener memoria por si son capturados y les obligan a contar los secretos del Caleuche. Desde cubierta, dependiendo del humor, emiten tétricos sonidos de cadenas o músicas de celebraciones fabulosas. Sus marineros solo tienen un punto débil: al ser inmortales, necesitan desposarse con sucesivas mujeres de la costa que, naturalmente, no alcanzan la duración de la eternidad. Los pocos habitantes de aquellos litorales son los únicos del mundo que desprecian la riqueza: todo el que la posee resulta sospechoso de